

eminencia, vuestra alteza magnífica, y otros con que distinguía las diversas gerarquías de los oficiales del imperio, y de que los pueblos modernos se han apoderado. Los oficiales de palacio tenían también sus títulos honoríficos, como el *comes domesticorum*, el *præfectus sacri cubiculi*, y otros infinitos. Las tropas se dividían en *palatinas* y *fronterizas*. Las primeras, estacionadas en la corte y en las grandes ciudades, se desmoralizaban y afeminaban con la ociosidad y escitaban además con sus privilegios los celos de las que en las fronteras tenían que luchar todos los días con los bárbaros. La admisión de estos como auxiliares contribuyó también á la desmoralización del ejército, y todas estas causas producían el disgusto y horror de los romanos á la milicia, hasta el punto de mutilarse los dedos para huir del servicio militar. No solo fueron admitidos godos y germanos en las legiones, sino también en los oficios palatinos, y hasta en las primeras dignidades, y las magistraturas se fueron envileciendo de día en día.

Hizo por otra parte Constantino multitud de leyes saludables. Restituyó al senado las prerogativas de que le habían despojado sus antecesores; libertó al imperio de aquella milicia pretoriana que con tanta facilidad daba y quitaba coronas; castigó á los delatores que creyendo lisonjearle iban á denunciarle víctimas; condenó la bárbara costumbre de esponer los niños recién nacidos que sus padres no podían alimen-

tar; dió edictos contra los parricidas, reprimió la insolente avidez de los grandes; protegió la manumisión de los esclavos, y dictó otras muchas medidas humanitarias que fuera prolijo enumerar. Pero al propio tiempo veíasele entregar á los leones del Circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar á muerte de una manera misteriosa ó su mismo hijo Crispo, y ahogar en un baño á su mujer Fausta, la calumniadora de aquél, acusada ella á su vez de mantener relaciones vergonzosas con un criado de las caballerizas imperiales. Veíasele en el concilio de Nicea tener la modestia de permanecer en pie hasta que se sentáran los prelados, y por otra parte ostentar un lujo soberbio, impropio de un príncipe cristiano, yendo siempre cargado de oro y pedrería, y agravando para sostener aquel fausto con nuevas cargas á sus súbditos. Tal mezcla de virtudes y de vicios, y la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, ha sido causa de los juicios tan encontrados que de él ha hecho la historia.

Al decir de algunos, «supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la felicidad del mundo como Tito y Trajano, y hacer servir á la gloria del verdadero Dios todo el poder que de él había recibido (1).» Al decir de otros, «no supo ni reprimir sus pasiones, ni afianzar el imperio

(1) Ducreux, Hist. del Cristianismo.

que había conquistado, ni tuvo un talento extraordinario, y afeó sus buenas cualidades con una ambición desmesurada, con un natural feroz, con su prodigalidad y sus voluptuosidades ⁽¹⁾.» Hay quien dice que «reinó diez años como buen príncipe, otros diez como un brigante, y los diez restantes como un pródigo ⁽²⁾.» Otro, haciendo el paralelo de sus virtudes y de sus vicios, afirma que siguió la senda inversa de Augusto, y que acabó como Augusto había comenzado ⁽³⁾. Y ha habido quien ha llevado su audacia hasta negarle la cristiandad ⁽⁴⁾. Emítense juicios igualmente opuestos acerca de su muerte. A pesar de haber recibido el bautismo al fin de sus días, y de declarar al tiempo de morir que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar, no se libertó de que sospecharan algunos que había muerto en la herejía arriana, así por la confianza que á este heresiarca había llegado á dispensar, como por su amistad con Eusebio de Nicomedia, y el destierro de Atanasio á Alejandría. Pero el senado romano le colocó en el número de los dioses, y la iglesia griega le aclamó apóstol y santo.

Nosotros creemos que es imposible despojar á Constantino del mérito de haberse puesto á la cabeza de la revolución social mas grande, mas necesaria y mas provechosa que se ha verificado en el mundo, y que en este sentido la Iglesia y la humanidad le es-

(1) Viennet.
(2) Victor el Joven.

(3) Gibbon.
(4) Escaligero.

tarán siempre agradecidas, y la posteridad no podrá menos de contar entre los mas grandes monarcas de la tierra al que dejó encumbrada en el sólio del mundo la religion que había nacido en un pesebre.

Murió pues Constantino en el año 337 de J. C. á los 31 de su reinado. El pueblo dió pruebas evidentes de su dolor, y su cuerpo fué sepultado junto á la tumba de su madre Santa Elena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que había sido crucificado el Redentor.

Constantino cometió el yerro de dejar dividido aquel mismo imperio por cuya unidad tanto en el principio había trabajado. El pueblo y el ejército, disgustados de esta division, hicieron una horrible matanza en la familia imperial, comprendiendo en ella á dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos del emperador difunto. Solo se libraron de ella los dos sobrinos Galo y Juliano, y los tres hijos de Constantino en quienes quedó definitivamente compartido el imperio, á saber; Constantino, Constancio y Constante. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España.

Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos Constantino y Constante, y perecido aquel en la lucha, quedó el segundo dueño de España y de las demás provincias que antes habían pertenecido á Constantino II. (340). Constante era cristiano y piadoso, y convocó el concilio general de Sardica que presidió

tambien nuestro Osio, obispo de Córdoba, y al que asistió igualmente el infatigable Atanasio (347), mientras los orientales disidentes, reunidos en Philopópolis, se vengaban en excomulgar á Osio, á Atanasio y al papa Julio. Pero Constante, al mismo tiempo inepto y vicioso, una tarde al volver de caza, su recreo favorito, se halló suplantado por Magnencio, que en un banquete se habia hecho aclamar por los soldados emperador. Huyendo Constante hácia España, fué alcanzado por las tropas de Magnencio, que á la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Mientras esto acontecia en Occidente, y mientras en Oriente sostenia Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto á Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabia escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se habia hecho aclamar emperador Nepociano. Asi andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio como su padre Constantino (355). Pero Constancio favorecia la causa de los arrianos, que dió ocasion á la celebracion de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron á Constancio á encomendar el cuidado de aquella guerra á Juliano, último des-

endiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fué este Juliano el llamado *apóstata*, por que apostató de la fé cristiana en que habia sido educado, y no solo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reaccion en favor del politeismo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio. Tambien Juliano ha servido de original á retratos bien distintos, como suele acontecer á los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razon en la parte que se refiere al restablecimiento de la idolatría y al afan de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino habia proscrito. Pero los cristianos que no veian en el emperador sino el *apóstata*, no al literato ni al filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasía, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado *el segundo de los hombres*: estos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarían, pero no han visto en Juliano el cínico, el burlon, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amiano Marcelino, siendo un historiador gentil ⁽¹⁾. Como enemigo de los cris-

(1) *Superstitiosus magis quam Amm. Marc.* En el siglo pasado *sacrorum legitimus observator.* Voltair le llamaba *modelo de re-*

tianos, tuvo Juliano dos épocas; una de tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses como Constantino favorecía el de los cristianos: en una carta de Ecébola le decía: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos (así llamaba él siempre á los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violenté á ninguno para que concurra á nuestros templos, ni se los obligue con malos tratamientos á que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar:» ¿quién no ve aquí una imitación afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo á los cristianos una persecución, mas corta, pero no menos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer; por una ley que publicó en 362, tuvo la pequeñez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente que cuando él subió al imperio, la sociedad religiosa ofrecía ya un espectáculo bien triste: la herejía de Arrio lo había invadido todo, y lo traía todo revuelto: los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos á otros se anatematizaban, y llegaban ya á no enten-

yes, y Montesquien *el mas digno de cuantos han mandado á hombres*. La Bletterie, á pesar de ser gran parcial de Juliano, le lisonjeó menos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su

incredulidad y menos su apasionamiento á la filosofía anti-cristiana. Muy de otro modo y con mas tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus Estudios históricos, Disc. II, part. II.

derse: los obispos se disputaban las sillas, y mutuamente se desterraban. Añadíase á esto los donatistas, novacianos, y eunomianos. No faltaba al desorden sino la rehabilitación del paganismo, y esto hizo Juliano: aun hizo mas; por odio á los cristianos constituyóse en protector de los judíos, y quiso que se reedificase el templo de Jerusalem, lo cual le impidió llevar á cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volvería á levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desorden religioso había llegado al mas alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fué corto; no llegó á tres años; y el politeísmo murió con el mismo que había querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fué el último emperador pagano. No sabemos como un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolución ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera como los hombres un esfuerzo vigoroso antes de espirar. Muerto Juliano, el ejército á quien se había vuelto momentáneamente el derecho de elección, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fué elegido Joviano, hijo de Vetranion (364): éste era cristiano, y como tal volvió la paz á la Iglesia. También quiso dar la paz al imperio, pero la compró de los persas por medio de un tratado ver-

gonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó solo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fé en tiempo de Juliano. A poco de su elevacion se asoció al imperio su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entonces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su córte en Milan, y Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudació la persecucion contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, á quien Joviano antes habia restituido á su silla.

Otra persecucion de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La mágia y la hechicería se habian propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo espirante habia buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir á los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complaciáanse en que los desgarráran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por genio y por inclinacion. *Mátadle*: esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increíble nos parecería, si no lo dijera un historiador contemporáneo ⁽¹⁾, que Valenti-

(1) Amm. Marcel. lib. XXVII. y XXIX.

niano hiciera dormir junto á su cama dos feroces osas, llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro* (*Innoxia* y *Mica Aurea*), las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y este era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel á quien una sentencia de muerte por la mas leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasion á sus lictores le llevasen las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sabias y justas para el imperio. Dió á las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas á semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicacion de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacian de su oficio con los moribundos, castigó severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco ⁽¹⁾. Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos tambien que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupcion en los cristianos.

(1) Códig. Theodos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxima el gran suceso que apresuró la caída del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que había de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los numidas y los mauritanos se revolucionan en Africa, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal apuro, que le obliga á suicidarse. Teodosio liberta también el Africa. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del Africa es decapitado en Cartago, despues de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valenti-

niano II. Este era demasiado joven, y aunque en la reparticion le tocó la Italia, la Iliria y el Africa, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasion de los bárbaros. Los godos, que habian permanecido fieles á la familia de Constantino, y que se habian ido multiplicando en los bosques y sujetando en torno suyo otras poblaciones bárbaras, tenían á su cabeza al viejo Hermanrico, que con mas de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este, habian cedido su preeminencia á los visigodos, ó godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que despues de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvages, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un gefe á cuya muger habia condenado á ser magullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, reti-

(1) Jornand. De rebús Géticis, c. XIV.

rados hácia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ulfila, para establecerse á la orilla derecha del rio (375). Valente accedió á su peticion, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometian hacerse arrianos y defenderle, pero á condicion de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio, y los romanos se ocuparon dia y noche en trasladar á su imperio los que habian de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millon de individuos (1). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquellos distribuidos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador y así pudieron conservar sus aceros.

Habia entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres á los godos, pagándolos estos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mugeres. En esto los ostrogodos pasaron tambien el Danubio sin pedir permiso á na-

(1) Amm. lib. XXXI.

die: á la voz de Fritigernes, gefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos emigrados; y un dia estando convidado Fritigernes á un festin por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelion en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetráran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lupicino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo ronco y triste sonido habia de desplomarse el Capitolio (1); empuñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvages, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos despues, se creen ya señores del imperio.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquia, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones deshechas y confusas caen atropelladas bajo los innumerables sables de los

(1) *Auditisque triste sonantibus cornuis.* Amm. ibid.

godos: una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, retíranle á una cabaña, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia, préndenla fuego: el emperador con toda su régia pompa, perece entre las llamas ⁽¹⁾. Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo. Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando mas resistencia de la que habian pensado, estiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla dejando asolado y desierto el pais por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente, acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarle sobre el cadáver de un godo que habia matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombraban de haber encontrado otros hombres mas bárbaros que ellos (378).

En este tiempo Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habian movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tío los socorros que le habia pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: solo uno habia que pudiera

(1) *Cum regali pompa crematus est.* Jornand. cap. XXVI.

desempeñar tan árdua mision, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes habia sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se habia desterrado voluntariamente á España, su patria, habiendo antes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).